➤ *14 domingo del tiempo ordinario, Ciclo A (2011). La infancia espiritual. Es la adhesión total a Dios con confianza. Jesús propone el verdadero «pequeño» en nuestra civilización en la que se exalta al adulto “rampante o trepador” y arrogante, privado de escrúpulos y de moral. La infancia espiritual es la actitud que ve en toda circunstancia a Dios Padre que se revela en Jesús como una invitación a estar de acuerdo con el cumplimiento de su voluntad, y equivale a alcanzar la madurez cristiana.*

❖ Cfr. 14 domingo tiempo ordinario Ciclo A 3 julio 2011
Zacarías 9, 9-10; Romanos 8, 9.11-13; Mateo 11, 25-30

Mateo 11, 25-30: En aquel tiempo, exclamó Jesús: 25-«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla (a los pequeños). 26 Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. 27 Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie **conoce** al Hijo más que el Padre, y nadie **conoce** al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. 28 Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. 29 Cargad con mi yugo y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón; y encontraréis vuestro descanso. 30 Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture Anno A*, Piemme 3 edición noviembre 1995, XIV domenica pp. 201-205

1 Introducción

○ Los rechazos que sufrió Jesús, y quiénes le acogieron.

• G. Ravasi o.c. pp. 201-02: “Para comprender los tres movimientos de este canto ¹ es necesario recomponer el cuadro en el que se enmarca. En el párrafo precedente, Mateo ha descrito el rechazo que sufre Jesús por parte de las acomodadas ciudades del Lago de Tiberíades, Corazóin, Betsaida y Cafarnaún, indiferentes ante sus palabras y su trabajo. En los párrafos sucesivos se tratará del rechazo de Jesús por parte de las clases altas de la “clase intelectual”, de los sacerdotes y de la aristocracia hebrea. Es entonces cuando Cristo declara explícitamente sus verdaderos amigos y compañeros de viaje: son los pobres, los sencillos, los marginados a los que revelará en la intimidad los secretos de su corazón, los misterios divinos del Padre. Esta declaración se transforma en un himno de alabanza y de gozo, que se difunde en tres grandes estrofas, señaladas también en la disposición del citado texto”.

2. Tres estrofas

○ La primera estrofa es una bendición o agradecimiento porque los sencillos pueden contemplar el proyecto de salvación.

vv. 25-26: 25 -«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, **porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla (a los pequeños)**. 26 Sí, Padre, porque así te ha parecido bien.

• G. Ravasi o.c. p. 202: “La *primera estrofa* es una bendición, es decir, un agradecimiento, que sube desde la tierra hacia Dios «como incienso, con las manos alzadas en el sacrificio de la tarde» (Sal 142, 2). Jesús agradece al Padre porque ha caído el velo del misterio del Reino de Dios, es decir, del proyecto de salvación que Dios está realizando en la persona de Cristo, y los ojos no altaneros y no llenos de sí de los pobres y de los humildes, lo pueden contemplar. Los pequeños de la tierra consiguen ver la acción del «Señor de cielos y tierra». Los sabios, los inteligentes orgullosos tienen, por el contrario, los ojos apagados y ven en Jesús solamente un modesto predicador de Galilea, hijo de un artesano, digno sólo de ironía por sus veleidades”.

¹ El Evangelio de hoy.

- **La segunda estrofa. El «conocimiento» de Jesús es - en el mundo semita - plenitud de intimidad y de amor.**

v. 27: nadie **conoce** al Hijo más que el Padre, y nadie **conoce** al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

- G. Ravasi o.c. p. 202: “En la *segunda estrofa* el objetivo se centra solamente en la figura de Cristo tal como los pobres saben verla. La descripción está ligada a un vocablo de capital importancia en la Biblia, el «conocer», una palabra que en el mundo semita indica, sobre todo, plenitud de intimidad y de amor. Moisés había esperado fijar sus ojos en el rostro del Señor pero había recibido una respuesta inexorable: «Tú no podrás ver mi rostro porque ningún hombre puede verme y permanecer vivo» (Es 33,20). Jesús, en cambio, es el único que «conoce» totalmente a Dios hasta el punto de poseer todo aquello que es de Dios. Sólo él puede abolir la distancia infranqueable que hay entre el hombre finito y Dios infinito. Así en Cristo – hombre y Dios – los justos pueden penetrar en el misterio de luz deslumbrante del Padre”.

- **La tercera estrofa. Es una llamada para que los débiles, los oprimidos y los últimos, se pongan en el camino hacia Cristo. La imagen del «yugo».**

vv. 28-30: 28 «Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. 29 Cargad con mi yugo y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón; y encontraréis vuestro descanso. 30 Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

- G. Ravasi o.c. pp. 202-203: “La oración de Jesús en la *tercera estrofa* se convierte en una llamada a todos los débiles, a los oprimidos y a los últimos de la tierra para que se pongan en el camino hacia Cristo. Es interesante observar que la imagen del «yugo» se usaba en la tradición judía para indicar la Ley y sus exigencias, impuestas por el Señor a Israel. Jesús repropone este símbolo pero lo despoja de su aspecto de peso, de imposición, de triunfo, y lo pinta según una dimensión más «dulce» aunque no por ello menos exigente. En efecto, el castillo de las obligaciones de la religión y de la moral es simplificado en un único y totalizador compromiso, el yugo del amor. La relación con Dios ya no está regulada por un frío deber o por el terror del juicio; por el contrario, está fundada en el amor filial y espontáneo y por esto es mucho más exigente y plena. La comunidad de los «pequeños» que ha descubierto los misterios del Reino debe, por tanto, encaminarse sobre este camino de luz, «un camino bello: tomándolo, se encontrará la paz para nuestras almas» (Jer 6, 16)”.

- **La infancia espiritual.**

Cfr. G. Ravasi o.c. pp. 203-205

Mateo 11,25: 25-«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, **porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla (a los pequeños)**».

- **La infancia espiritual es la adhesión total a Dios con confianza.**

- Cfr. G. Ravasi o.c. pp. 203-205: “Para nuestra reflexión, escogemos una sola palabra, que en la traducción suena como «pequeños», en el griego original *nèpioi*, los destinatarios privilegiados de la revelación de Jesús. Este vocablo inaugura ese filón de oro de la espiritualidad cristiana que lleva el nombre de «infancia espiritual» y que tiene su origen en esa joya que es el salmo 131 (130): «Como un niño en el regazo de su madre, como niño

satisfecho está mi alma»². No se trata del abandono irracional y ciego como el del recién nacido tranquilo y saciado después de haber mamado la leche del seno de su madre. En efecto, el texto habla de un «niño destetado», probablemente llevado sobre la espalda de su madre, según el uso oriental. Ahora bien, en Oriente el destete oficial tenía lugar muy tarde, alrededor de los tres años, y daba la ocasión para una gran fiesta de la tribu”.

- **«Pequeño» se convierte en una expresión simbólica eficaz de la adhesión total a Dios en la confianza. No tanto por la supuesta «inocencia» del niño, que, en realidad, es siempre una criatura limitada, egoísta, prepotente, una miniatura del adulto, sino en tanto en cuanto el pequeño pone su mano con confianza en la mano de su padre**
- El niño, por tanto, es la criatura ligada a su madre por una relación consciente de intimidad que no es equiparable a la simple necesidad fisiológica y al vínculo solamente generador. Bajo esta luz, «pequeño» se convierte en una expresión simbólica eficaz de la adhesión total a Dios en la confianza. Bajo esta luz, Jesús lo propone como modelo y **no tanto por** la supuesta «inocencia» del niño, que, en realidad, es siempre una criatura limitada, egoísta, prepotente, una miniatura del adulto, sino **en tanto en cuanto** el pequeño pone su mano con confianza en la mano de su padre y acoge todos sus dones y palabras. Por esto, si no os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos (Mt 18,3).

- **«Pequeño» es sinónimo de «pobre», cuya única fuerza y sostén están en Dios.**
- Por tanto, «pequeño» se convierte en sinónimo de otra palabra clásica en la Biblia, los **«pobres»**, es decir, **aquellos cuya única fuerza y sostén están en Dios**. A ellos es predicada la «buena noticia» (Cf. Mt 11,5), y es a ellos a quienes está destinada la bienaventuranza sobre el Reino de los cielos (Mt 5,3). Ya Isaías presentaba la antítesis a la que Jesús se refirió en su oración entre «pequeños» y «sabios e inteligentes»: «Perecerá la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes quedará oculta ... Los humildes aumentarán su alegría en el señor, y los más pobres exultarán en el Santo de Israel» 29, 14.19).

- **El verdadero discípulo es aquel que se abandona en Dios, descartando los cálculos, los intereses mezquinos, los egoísmos, la altanería, la prepotencia, la violencia.**

El verdadero discípulo es aquel que se abandona en Dios, descartando los cálculos, los intereses mezquinos, los egoísmos, la altanería, la prepotencia, la violencia. (...) En el Oriente Antiguo, el niño no tenía todavía personalidad jurídica, era casi inexistente, un objeto; pues bien, Jesús lo transforma en un emblema para nosotros los adultos, invitándonos a ser «pequeños» para ser verdaderamente «grandes». Jesús nos invita, incluso, a usar el lenguaje sencillo y espontáneo de los niños cuando nos dirigimos a Dios: *Abbá* en aramaico significa, como es sabido, «papá» y está en la raíz del original del Padre nuestro. Jesús nos invita a tener la transparencia y la confianza del pequeño para «conocer» verdaderamente al Padre: las elucubraciones de los sabios empalidecen, se paran ante la frontera del misterio, se transforman en especulaciones áridas y orgullosas. Es necesario pedir la sabiduría del corazón, el don que facilita penetrar en las «cosas escondidas», es decir, en el misterio de Dios”.

- **Jesús propone el verdadero «pequeño» en nuestra civilización en la que se exalta al adulto “rampante o trepador” y arrogante, privado de escrúpulos y de moral.**

² Libros poéticos y sapienciales, Eunsa 2001, Salmo 131, 2: “La palabra hebrea traducida por «niño» indica un niño de unos dos o tres años, ya destetado, que tiene conciencia de la seguridad que encuentra en su madre. Del mismo modo permanece tranquilo el orante”.

- En esta civilización en la que se exalta al adulto “rampante o trepador” y arrogante, privado de escrúpulos y de moral, que pervierte al niño haciéndolo cada vez más egoísta y prepotente, incapaz de jugar auténticamente, de vivir el estupor propio de su infancia, la oración de Jesús nos propone el verdadero «pequeño» que deberá ser el modelo de su discípulo. Y si hemos perdido la infancia, recordemos lo que afirmaba el escritor francés Bernanos: «La infancia puede ser reconquistada por todos, pero sólo por medio de la santidad». La figura de Teresa de Lisieux es casi la síntesis de los miles y miles de discípulos de Cristo que han recorrido el camino de la sencillez, de la confianza y de la infancia espiritual. Por esto nosotros repetimos hoy la conocida oración de P.L. De Grandmaison: «Santa Madre de Dios, conserva en mí un corazón de niño, puro y transparente como un manantial».

3. La naturalidad y la sencillez hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo.

- Se dice que es sencilla la persona de carácter no complicado, exenta de artificio, que carece de ostentación, que expresa naturalmente los conceptos y que, sin doblez ni engaño, dice lo que siente. Es la persona sin malicia. Los «sabios» y los «entendidos» en el contexto de este evangelio son los “maestros de la ley y los fariseos, que conocen la ley de Moisés, pero han rechazado a Jesús; en cambio los «sencillos» han sabido recibir la revelación de Jesús y la han acogido”.

- **Amigos de Dios, 90:** “La naturalidad y la sencillez son dos maravillosas virtudes humanas, que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo. Y, al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor. Recordad lo que Cristo echa en cara a los fariseos: se han metido en un mundo retorcido que exige pagar diezmos de la hierbabuena, del eneldo y del comino, abandonando las obligaciones más esenciales de la ley, la justicia y la fe; se esmeran en colar todo lo que beben, para que no pase ni un mosquito, pero se tragan un camello. (Cf. Mt 23, 23-24)”.

4. La oración de Jesús como “adhesión amorosa de su corazón de hombre al misterio de la voluntad del Padre”.

- Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2603: Los evangelistas han conservado las dos oraciones más explícitas de Cristo durante su ministerio. Cada una de ellas comienza precisamente con la acción de gracias. En la primera (Cf Mt 11, 25-27 y Lc 10, 21-23), Jesús confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y los ha revelado a los «pequeños» (los pobres de las Bienaventuranzas). Su conmovedor «¡Sí, Padre!» expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, que fue un eco del «Fiat» de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al «misterio de la voluntad» del Padre (Efesios 1, 9).

5. La infancia espiritual es la actitud que ve en toda circunstancia a Dios Padre que se revela en Jesús como una invitación a estar de acuerdo con el cumplimiento de su voluntad, y equivale a alcanzar la madurez cristiana (R. Guardini).

Cfr. El Señor, Ed. Cristiandad, 2ª ed. 2005, pp. 328-334

- **Pero para poder llegar a esto hay que transformar todo lo que ocurre en la vida; del mero aherrojamiento en la existencia ha de surgir la sabiduría; del azar ha de brotar el amor.**
- “La infancia a la que se refiere Jesús es una apertura que responde a la paternidad de

Dios. Para el niño todo tiene relación con su padre y con su madre. Todo pasa por ellos. Están en todas partes. Son origen, norma y orden. Para el adulto, «padre y madre desaparecen». Todo es mundo incoherente, hostil, complicado. Desaparecen el padre y la madre, y todo queda huérfano. Para el que se hace como niño surge un alguien paternal en todas partes: el Padre del cielo. Ciertamente, éste no puede ser un padre terrenal sobrehumano, sino el auténtico «Padre nuestro y del Señor Jesucristo» (1 Corintios 1,3), el que se revela en las palabras de Jesús como una invitación a estar de acuerdo con el cumplimiento de su voluntad.

La infancia espiritual es la actitud que ve en toda circunstancia al Padre del cielo. Pero para poder llegar a esto hay que transformar todo lo que ocurre en la vida; del mero aherrojamiento en la existencia ha de surgir la sabiduría; del azar ha de brotar el amor. En realidad, esto es difícil; es «vencer al mundo» (1 Juan 5,4). Por consiguiente, hacerse niño en el sentido que Jesús dice equivale a alcanzar la madurez cristiana.”